

Estados Pontificios unas predicciones que le amenazaban con una muerte próxima y triste en sus circunstancias. Estas predicciones eran de una aldeana de Valentano, llamada Bernardina Renzi, que no sabia leer ni escribir. Espidieronse órdenes para prenderla, y así se verificó efectivamente, quedando arrestada la profetisa juntamente con su confesor y dos jesuitas, los PP. Coltraro y Venissa, que pasaban por los primeros que habian divulgado las predicciones de aquella desde la primavera del año 1773. Esta prision se ejecutó el 42 de mayo de 1774. Bernardina, dice el autor de *Pombal, Choiseul y Aranda* etc. (1), habia anunciado por tres veces á su confesor que ella y él serian aprisionados á un mismo tiempo, y ella misma habia señalado á principios de mayo la época, diciéndole que «antes de quince dias estarian sus aposentos llenos de esbirros.» Así es que cuando estos se presentaron, no manifestó la menor turbacion y solamente dijo: «Ganganelli me aprisiona, Braschi me pondrá en libertad.»

Aunque ya eran conocidas todas sus predicciones por haberlas cojido por escrito en casa de su confesor el 42 de mayo, se las hicieron repetir mas de una vez, y hasta la intimaron en virtud de santa obediencia que dijera cuanto supiese acerca de la muerte del Pontífice (2). Entonces ella declaró: 1.º, que Clemente, antes de firmar el breve de su supresion, habia sufrido los mas rudos combates interiores, que por dos veces se habia tenido que levantar de su silla, roto la pluma y hecho pedazos el breve; 2.º, que su muerte estaba muy próxima y que iba á sufrirla en castigo del breve espedido contra la Compañía de Jesús; 3.º, que al año siguiente publicaria un jubileo, pero que no llegaria á abrirlo; 4.º, que moriria el mismo dia del equinoccio de otoño; 5.º, que su cadáver sufriria tan rápida

(1) San-Victor, *Cuadro de Paris*, tom. 4, part. 2, pág. 139.

(2) *Pombal, Choiseul y Aranda* etc., p. 144-145.

corrupeion, que ni los fieles le besarian los pies despues de su muerte, ni le podrian ver espuesto, segun costumbre, en la basilica de San Pedro; 6.º, finalmente, que la Compañía de Jesús seria restablecida algun dia en todo el universo.

Llegó el mes de setiembre (1). Los procedimientos judiciales entablados contra Bernardina y la prision de sus tres presuntos cómplices habian divulgado por toda Italia y fuera de ella las fatales predicciones. Sus detalles eran públicos y ya no se trataba mas que de saber si llegarían á realizarse. Hacia tiempo que un humor ácre y morbos, unido á los terrores secretos de que Clemente no podia librarse, habia viciado la masa de su sangre y producido alguna alteracion en las facultades de su alma: su temperamento acabó de arruinarse por la costumbre de procurarse de dia y de noche escesivos sudores. Entre los temores que sin cesar le agitaban, era uno de los principales el de ser á la corta ó á la larga envenenado, sin duda por los amigos de los jesuitas. El régimen que adoptó para librarse de la muerte fué precisamente el que se la causó. Desconfiando de los manjares que le presentaban á la mesa, se condenó por de pronto á no alimentarse de otros que los que le preparaba un fraile franciscano, confidente de sus penas y perplejidades; y por último, no quiso comer mas que huevos duros, que él mismo se preparaba con sus propias manos. La condicion ardiente de este alimento, no corregida por ninguna otra sustancia, le produjo dolores vivos y desgarradores en las entrañas. Desde los primeros dias de setiembre notó un desfallecimiento en su persona, que cada dia se fué haciendo mas sensible. En vano trataba de disimularse su estado á sí mismo y á los demas: nadie podia ya hacerse ilusiones. Engañado por una mejora de algunos dias quiso ir á pasar, segun costumbre, el

(1) *Pombal, Choiseul y Aranda*, etc. p. 148-149.

otoño al campo; mandó que saliera su equipaje y fijó para su partida el dia 19. Mas aquel mismo dia se apoderó de él la fiebre con tal violencia, que desapareció toda esperanza de curacion. Fué preciso advertirle del peligro en que se hallaba y de la necesidad de prepararse á la muerte, recibiendo los Santos Sacramentos. Recibiólos efectivamente con una piedad ejemplar, y espiró el 22 de setiembre, dia del equinoccio, á los sesenta y nueve años de edad, despues de haber ocupado la Santa Sede cinco años y cinco meses.

La malignidad, á pesar de la evidencia de los hechos que se acaban de referir, se complació en atribuir á los jesuitas las calumnias mas injuriosas, acusándolos altamente de ser autores de la muerte de Clemente XIV; y así como otras veces habia llegado el absurdo hasta el punto de decir que estos religiosos, hábiles segun se los suponía en el arte del asesinato, habian preferido ejercerlo mas bien sobre los reyes que los protegían que sobre los ministros que los perseguían; tampoco temieron en aquellas circunstancias decir, que habiéndose determinado á envenenar al Papa, cometieron el contrasentido y la imbecilidad de enterar á todo el público y á la misma víctima que iban á sacrificar, del golpe que contra ella preparaban (1). Los acusadores hubieran debido explicar al menos cómo los jesuitas habian podido saber con tanta anticipacion el dia determinado en que el veneno debia obrar, y las demas circunstancias extraordinarias que acompañarian aquella muerte; pero cuando se ha visto que la animosidad ni la prevencion sepan discurrir? Fué pues, necesario, para confundir á la una y á la otra, ejercer dos actos jurídicos. El P. Marzoni, general de los conventuales, que asistió á Clemente XIV hasta los últimos momentos, y en cuya opinion querian los acusadores apoyarse,

(1) *Pombal, Choiseul y Aranda*, etc., p. 148-149.

certificó bajo juramento ante el tribunal del santo Oficio, que jamás habia oido decir al Pontífice que se creyera envenenado: esta declaracion del P. Marzoni, dada en 27 de junio de 1775, desmintió las vagas palabras, las semi-confianzas y sospechas de que se le creía depositario. Además, el doctor Salicetti, médico del palacio apostólico, que con el médico de cabecera habia asistido al enfermo, dió en su declaracion de 11 de setiembre de 1774 una relacion muy detallada de la enfermedad, y aseguraba tambien que la autopsia del cadáver nada habia manifestado que no pudiese ser efecto de causas naturales.

A pesar de estos testimonios no ha faltado un escritor, cuya pluma no ha podido contenerse con la evidencia de los hechos. Este autor es Carracioli, que escribió una *Vida de Clemente XIV*, y una coleccion de *Cartas* que publicó con el nombre de este Papa. Estas *Cartas* escritas mas bien con arreglo al espíritu del siglo que al del Evangelio, inspiraron desconfianza así que fueron publicadas. Fechas equivocadas, descuidos frecuentes, y máximas indignas de un religioso, de un cardenal y de un Soberano Pontífice, fueron evidentes señales de que no habian sido escritas por Clemente XIV, sino por un falsario. Mandóse á Carracioli que presentase los originales, y no habiéndolo podido hacer, fué convencido de impostor. Una vez establecida la falsificacion de las *Cartas*, aparece mas que dudosa la veracidad del autor en la *Vida* que publicó de Clemente XIV. Hay derecho para considerarla como una novela y para rechazar con desprecio la negra sospecha de envenenamiento de que habla en varios pasages de la obra. Sin embargo, esta *Vida* de Ganganelli es la que, á pesar de su inexactitud y parcialidad, ha suministrado materiales á algunos escritores, por ejemplo, á los autores del *Arte de verificar las fechas* y del *Nuevo Diccionario histórico*, etc.

La historia de los últimos momentos de



Clemente XIV no sería completa si pasásemos en silencio la milagrosa asistencia que le prestó San Alfonso de Ligorio (a). Mas ya que hemos pronunciado el nombre de un personaje eternamente venerable, séanos permitido bosquejar ligeramete los rasgos de su bella existencia.

Alfonso María de Ligorio, una de las más ricas joyas de la Iglesia en el siglo XVIII, nació el 27 de setiembre de 1696 en Marianella, arrabal de Nápoles (1). Su padre, llamado José, oriundo de una familia noble y antigua, era un militar distinguido por sus talentos: había sido capitán de galeras al servicio del Austria, y cumplido honrosamente otros no menos importantes cargos, distinguiéndose particularmente por su insigne piedad. Ana Catalina Cavalieri, su esposa, era hermana del célebre siervo de Dios, Emilio Jacobo Cavalieri, individuo primeramente de la congregación llamada de los *Pios Obreros*, y luego obispo de Troya, donde falleció en olor de santidad. Dicha señora fué un modelo de virtud en el estado del matrimonio. Al paso que cumplía fielmente con sus obligaciones, ponía todo su cuidado en educar bien á su familia: de manera que Alfonso, el mayor de sus tres hijos, recibió una excelente educación. Vigilóle por sí misma la madre durante su infancia, y le inspiró una tierna piedad y una devoción particular á la Santísima Virgen, el celo de la gloria de Dios y el amor al orden y á la verdad. Dócil á las lecciones de su piadosa madre, el joven Alfonso abrió su corazón á las impresiones de la gracia, y desde entonces apareció tan virtuoso como amable. Por de pronto fué confiado á la dirección de un preceptor que

(a) El autor llama beato á Ligorio; pero habiendo sido canonizado por Gregorio XVI en 26 de mayo de 1839, dámole la calificación de Santo que es la que le corresponde. (N. del E.)

(1) El abate de Tresvaux, *Suplem. á las Vidas de los Padres*, etc., p. 293-301.

era sacerdote, y este le hizo entrar á la edad de diez años, en la congregación de jóvenes nobles, establecida en los PP. del Oratorio de Nápoles. Ligorio por su modestia y recogimiento fué uno de los individuos más ejemplares de aquella piadosa asociación. No tardó mucho tiempo en brillar su candor, su inocencia y su horror al pecado.

La ternura que sus padres le profesaban no les dejó separarse de su lado para ponerlo en un colegio. Fué pues en la casa paterna, donde bajo la dirección de hábiles maestros, recibió toda su educación. Uniendo una gran penetración de ánimo á una memoria feliz se entregó con brillante resultado al estudio del latín y del griego, de la filosofía y del derecho canónico y civil, y obedeciendo á la voluntad de su padre tomó lecciones hasta de música y de esgrima; mas por ocupado que estuviese en las letras y en las ciencias, no descuidó sus deberes de piedad. Profundamente instruido en los principios de la Religión, puntual en cumplir las obligaciones que ella impone, asistía regularmente á los divinos oficios, comulgaba cada semana y visitaba todos los días al Santísimo Sacramento en los templos de Nápoles donde se celebraban las Cuarenta Horas. Entregábase con tal fervor á esta última práctica de devoción, que daba que admirar á cuantos le veían. Al llegar Alfonso á la edad de diez y siete años se recibió de doctor y abrazó la profesión de abogado. La regularidad de su conducta, la pureza de sus costumbres, la viveza de su espíritu, y la extensión de sus conocimientos, le presagiaban los más brillantes resultados en la carrera de la magistratura. Cada día se grangeaba para con el público un nuevo grado de estimación y de confianza. Su familia alimentaba las más lisonjeras esperanzas acerca de su elevación futura á los primeros destinos, y aun ya le habían propuesto un casamiento muy ventajoso; pero Dios tenía otros designios respecto de este joven virtuoso.

Acostumbraba don José de Ligorio ó de Liguori, cuando no estaba embarcado, ir á pasar algunos días de retiro á la casa de los jesuitas ó á la de los PP. de la Misión. En 1714 llevó á estos piadosos ejercicios á su hijo, que entonces tenía diez y ocho años. Sin duda fué en aquellos momentos de calma y de soledad, cuando Alfonso se ocupó con toda seriedad en conocer hácia donde la voluntad del Señor le llamaba. Manifestóse esta de allí á unos años por un acontecimiento, que por de pronto le causó mucha pena, aunque luego le procuró la preciosa satisfacción de separarse del mundo. En cierto pleito, de cuya defensa estaba encargado, cometió un descuido, y á pesar del talento con que defendía á sus clientes en el foro, lo perdió. Esto fué bastante para disgustarle enteramente de la abogacía, y para inspirarle la resolución de consagrarse al servicio de Dios en el estado eclesiástico. Sin embargo, costóle no poco trabajo llevar á cabo este designio, pues tropezó con muchos obstáculos no solo por parte de su familia y amigos, sino hasta por la de algunos individuos del gobierno napolitano; mas no por eso desistió de su resolución.

Quisieron emplear contra él al venerable obispo de Troya; pero este santo prelado tomó á su vez la defensa del sobrino, y le dijo á don José de Ligorio; «Hermano mío, yo dejé el mundo y renuncié al derecho de primogenitura; ¿cómo quieres que ahora aconseje lo contrario? Me creeria muy culpable si tal hiciera.»

Sin embargo, para no obrar con una precipitación imprudente, pasó largo tiempo meditando en la soledad, queriendo en cuanto le fuese posible asegurarse de que aquel era el camino por donde Dios le llamaba. Con frecuencia solía repetir como San Pablo: «Señor, ¿qué quereis que yo haga?» Afirmado en su resolución, recibió la sagrada tonsura en 23 de setiembre de 1724. Por de pronto dedicóse enteramente á la asistencia de una

Iglesia parroquial, y luego se puso bajo la dirección de unos santos sacerdotes, que se empleaban en hacer misiones por las aldeas, y en disponer á unos jóvenes eclesiásticos á cumplir debidamente con las funciones de su ministerio. En seguida se ordenó de sacerdote, y prosiguió en el ejercicio de las misiones. Entonces fué cuando el celo de que se sentía animado se desarrolló más y más y adquirió nuevos bríos. A ruegos del arzobispo de Nápoles dirigió unos piadosos ejercicios del clero de esta ciudad, de un modo que mereció alabanzas de todo el mundo. Alfonso solía predicar por la noche en las plazas públicas, particularmente á los pobres, siendo coronados sus esfuerzos con tan buenos resultados, que la multitud le seguía por todas partes, y llegó á convertir dos famosos bandidos, que en lo sucesivo hicieron tales penitencias, que llegaron á morir en olor de santidad. Su padre, al pasar un día por delante de la iglesia del Espíritu Santo en Nápoles, donde Alfonso se hallaba en aquel momento predicando, tuvo la curiosidad de entrar á oírle, y salió tan completamente conmovido y consolado, que no pudo menos de exclamar: «Mi hijo me ha hecho conocer á Dios.» Cuando se presentó á su vista no pudo menos de abrazarle, y manifestarse arrepentido de haberse opuesto tanto á que siguiera la vocación que le llamaba al estado eclesiástico. Desde aquel momento concibió la más profunda estimación hácia la virtud de Alfonso, y de cuando en cuando en sus trasportes de alegría acostumbraba á decir: «mi hijo me ha hecho conocer á Dios.»

Después de haber dado tan buen ejemplo á Nápoles con sus predicaciones, pasó el santo misionero á las diócesis de Amalfi y de Scala. Al principio no llevaba más intención que reponer su salud quebrantada por tantas fatigas y respirar el aire del campo; pero su celo no podía permanecer ocioso y no tardó en convertirse en apóstol de los habitantes de aque-



llas regiones, corriendo por ellas en union de otros sacerdotes en busca de labradores y pastores á quienes enseñar las verdades de la Religion y administrar los Sacramentos. Echando de ver la grande utilidad de sus trabajos y de los de sus compañeros, se determinó, siguiendo el parecer de una santa religiosa llamada María Celeste Costarosa, á perpetuarlos fundando una órden de misioneros apostólicos que debian diseminarse por los paises inmediatos y predicar las verdades y deberes de la Religion. Con este objeto estableció en 8 de noviembre de 1732, en Scala, distrito de Benevento, la congregacion de nuestro Santísimo Redentor, poco mas ó menos segun las reglas y prácticas de la que en el precedente siglo fué establecida en Francia por san Vicente de Paul. Pero tuvo para ello que vencer grandes dificultades. Algunos eclesiásticos distinguidos y el mismo cardenal Pignatelli, arzobispo de Nápoles, censuraron su proyecto. Hablábale de él de diversos modos. Unos decian que siendo Alfonso muy útil en Nápoles, no debia salir de allí: otros que su salud era muy débil para pensar en semejante empresa, y no faltaba quien le tratase de fanático. Pero dos siervos de Dios le infundieron aliento; el arzobispo de Nápoles aprobó al fin su designio, y este santo varon pudo cumplir lo que Dios queria de él. Sus asociados fueron en un principio poco numerosos: pero su vida era tan penitente y su conducta tan ejemplar, que su número fué aumentándose rápidamente. En 1742 principiaron á hacer votos simples ó particulares, y se obligaron á obedecer al superior general de la órden, para cuyo cargo nombraron á Ligorio. Benedicto XIV aprobó solemnemente este instituto por un rescripto de 25 de febrero de 1749. Ya en esta época se habian distinguido de tal modo los misioneros por su celo, prudencia y actividad, que de todas partes de Italia los pedian.

Alfonso no economizaba fatigas ni trabajos para que sus misiones diesen todo el fruto posible. Iba á pié ó en una mala cabalgadura

ra á los lugares donde habia de predicar: allí principiaba por encomendar sus trabajos á la Virgen Santísima, rezando su letanía: luego reunia el pueblo, anunciaba la mision, predicaba por la mañana y por la tarde, y enseñaba á todo el mundo la doctrina: sus compañeros salian de la iglesia con el crucifijo en la mano para llamar á los habitantes que no habian venido aun á oír la palabra de Dios, y al regresar al templo, ni ellos ni Alfonso tenian reparo en hacer una especie de penitencia pública azotándose con gruesos cordeles. Cuando el pueblo, edificado é instruido, les parecia estar ya suficientemente dispuesto, tenia primero la comunión general de los niños y niñas, en seguida la de las jóvenes solteras y la de las viudas, luego la de las mugeres casadas, y últimamente la de los hombres. Todas estas ceremonias iban acompañadas de exhortaciones á propósito para el estado de las personas que las motivaban. Los ejercicios concluian por la plantacion de la cruz, que llevaban los mismos misioneros. Mas la vida de estos religiosos no se limitaba á estas ceremonias exteriores: confesábanse muy á menudo, hacian un género de vida pobre y lleno de mortificaciones, alimentábanse á espensas de la congregacion, sin tomar nada de los pueblos donde trabajaban, escepto los honorarios de sus misas, y procuraban ganar para Dios á todas las clases de la sociedad. ¿Será, pues, de admirar que adquiriesen tan pronto la estimacion del público y se aumentase tan rápidamente su instituto?

Ligorio cumplió con celo y sabiduría el cargo difícil de gobernar una corporacion numerosa compuesta de personas diversas por su edad y disposiciones. Su modo de comportarse produjo los mas felices resultados, asi para los individuos de la congregacion como para el público. Recomendaba sin cesar á sus discípulos una obediencia pronta y absoluta y la mas perfecta humildad: daba personalmente ejemplo de estas virtudes, y se empleaba frecuentemente en los oficios mas humildes bajo la direccion de los que estaban encargados de las distintas funciones de la congregacion: en ella estableció una estricta observancia de la pobreza evangélica, y el colegio de la congregacion la demostraba por todas partes. Los enfermos llamaban tambien su atencion particular. «Ningun individuo, solia decir, es mas útil á una comunidad que los enfermos; pues ofrecen continuamente á los demas una frecuente ocasion de practicar la virtud y atraen sobre ellos las mayores bendiciones del cielo.» Prescribia á sus hermanos la mas escrupulosa atencion á la caridad, diciéndoles: «Nunca se escandaliza mas el mundo que cuando ve á un sacerdote que falta á sus deberes.» No sucedia ciertamente esto con Ligorio: decidíase con mucha lentitud á formar un juicio desfavorable de los demas, y cuando sus faltas no admitian excusa alguna y era indispensable reprimirlas, el tono con que lo hacia era mas propio de un consejo que de una reprimenda, y evitaba todo cuanto pudiese parecerse á sarcasmo ó dureza. Su abnegacion por servir al prójimo en sus necesidades temporales ó espirituales no conocia límites: de él puede decirse que vivió para los otros y no para sí mismo.

Pero mientras tanto se afanaba por el bien del prójimo; trabajaba asimismo sin descanso en su propia santificacion. Habiendo por su parte elegido lo que el autor de la Imitacion de Jesucristo llama *Camino Real de la Cruz*, caminó por él hasta el fin de su mortal carrera con un fervor que jamás se resfrió por cosa alguna, y con una perseverancia que jamás llegó á desmentirse. Cada dia dedicaba una parte del tiempo al rezo y á la meditacion, particularmente á las interesantes consideraciones acerca de los misterios de la fé, de la Vida y Muerte del Salvador, de su presencia Real en el Santísimo Sacramento del altar y de su Sagrado Corazon.

El Señor se dignó recompensar la generosidad de su siervo y manifestar la santidad de su vida: Ligorio obró varios prodigios en el curso de sus misiones. Durante la de Amalfi, predicando sobre la devocion de la Santísima Virgen, fué arrebatado á un éxtasis: y el pueblo le vió suspendido en el aire á varios pies de elevacion del suelo. Una estatua de la Madre de Dios que estaba á su derecha, despidió los mas vivos resplandores que se reflejaban en el rostro de Alfonso. El pueblo, que lleno de admiracion presenció este prodigio, se puso á gritar misericordia y milagro, y bien pronto en todo el recinto del templo no se oyó mas que gemidos y sollozos. Esta mision fué una de las que mas consuelo dieron al Santo, y la que confirmó mas la alta idea que se tenia de su virtud.

El Omnipotente se dignó elevarle á una contemplacion muy sublime, sin duda en recompensa de los generosos esfuerzos y continuas y grandes austeridades á que se entregaba para preservar de todo afecto desarreglado su corazon. Virtudes tan notables hicieron que fuese pedido para pastor por un gran número de diócesis de Italia: se le propusieron varios obispados, entre otros el arzobispado de Palermo; mas él los rehusó todos. Por último, el Papa Clemente XIII le nombró en 1762, obispo de Santa Agueda de los Godos, sede sufragánea del arzobispado de Benevento. Ligorio se esforzó mucho tiempo en rehusar este cargo; pero el Papa permaneció inflexible. Fué, pues, consagrado el 12 de junio de 1762, y en 11 del mes siguiente tomó posesion de su obispado. Inmediatamente dispuso que en todas las partes de su diócesis se predicaran misiones, y como que sabia muy bien los buenos resultados que producian, quiso que se aumentara el número de misioneros. En 1766 estableció en Santa Agueda, bajo un plan semejante al de su congregacion, un instituto de religiosas que se consagraban á egercer obras de misericordia temporales y espirituales en

El Señor se dignó recompensar la generosidad de su siervo y manifestar la santidad de su vida: Ligorio obró varios prodigios en el curso de sus misiones. Durante la de Amalfi, predicando sobre la devocion de la Santísima Virgen, fué arrebatado á un éxtasis: y el pueblo le vió suspendido en el aire á varios pies de elevacion del suelo. Una estatua de la Madre de Dios que estaba á su derecha, despidió los mas vivos resplandores que se reflejaban en el rostro de Alfonso. El pueblo, que lleno de admiracion presenció este prodigio, se puso á gritar misericordia y milagro, y bien pronto en todo el recinto del templo no se oyó mas que gemidos y sollozos. Esta mision fué una de las que mas consuelo dieron al Santo, y la que confirmó mas la alta idea que se tenia de su virtud.

El Señor se dignó recompensar la generosidad de su siervo y manifestar la santidad de su vida: Ligorio obró varios prodigios en el curso de sus misiones. Durante la de Amalfi, predicando sobre la devocion de la Santísima Virgen, fué arrebatado á un éxtasis: y el pueblo le vió suspendido en el aire á varios pies de elevacion del suelo. Una estatua de la Madre de Dios que estaba á su derecha, despidió los mas vivos resplandores que se reflejaban en el rostro de Alfonso. El pueblo, que lleno de admiracion presenció este prodigio, se puso á gritar misericordia y milagro, y bien pronto en todo el recinto del templo no se oyó mas que gemidos y sollozos. Esta mision fué una de las que mas consuelo dieron al Santo, y la que confirmó mas la alta idea que se tenia de su virtud.